

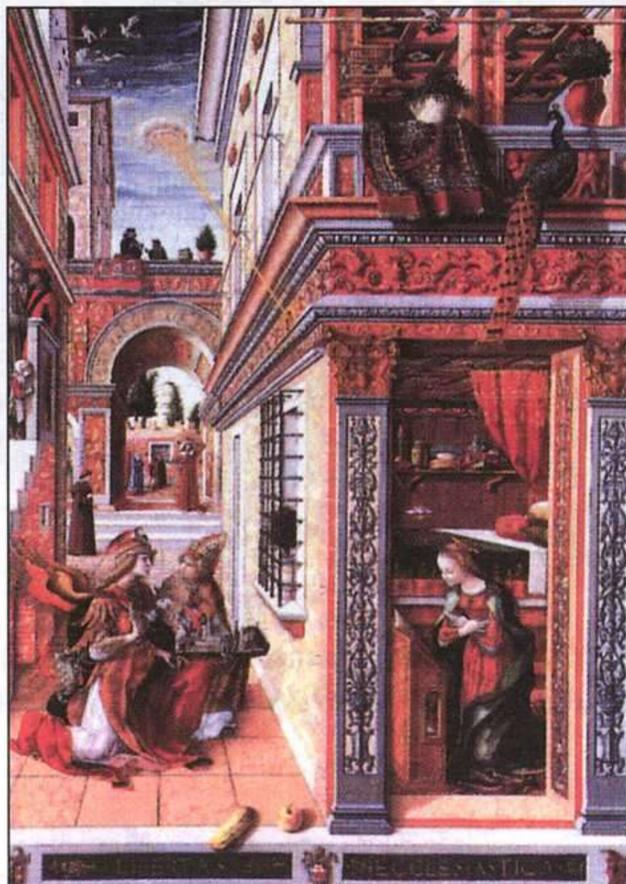
Biblia y cultura

por Pablo Zapata Lerga*

El autor defiende la necesidad de que los estudiantes de hoy en día reciban una formación bíblico-humanística que les permita entender mejor la cultura de Occidente, en todas sus manifestaciones —artística, filosófica, etc.—. En este sentido, es partidario de que se estudie el hecho religioso como elemento cultural y que, por lo tanto, quede desvinculado el conocimiento de lo que es creencia religiosa personal.



GERARD DAVID, LA ADORACIÓN DE LOS REYES (S. XVI).



CARLO CRIVELLI, LA ANUNCIACIÓN, CON SAN EMIDIO (S. XV).



PIERRE PATEL, DESCANSO EN LA HUIDA A EGIPTO (S. XVII).

País nuestro de los bandazos de cada día. Hemos pasado de aquellos años del nacional catolicismo borreguil y obligatorio, a la ausencia de todo signo o estudio religioso. Ahora le toca el peñúlo al rojerío, intentando cambiar, o tapar, aquellos tiempos por otros de progresía a ultranza. De haber sido niños educados en el hecho religioso, hemos pasado a ácratas o escépticos, sin respuesta a muchos planteamientos. A veces ya no tenemos ni interrogantes (y eso sí que es grave). ¿Qué se hizo de los intelectuales arrastrando universitarios, del cristianismo comprometido, del marxismo humanista, de aquellos deseos de cambiar el mundo? Mucho desencanto. No pretendo volver la vista atrás hacia viejos planteamientos. A cada época sus hombres, y a distintas inquietudes distintas respuestas. En la posmodernidad parece que se quiere vivir sin ideales, hacer bandera del desencanto, no preocuparse, vivir, gozar y no pensar. No merece la pena ni el planteamiento,

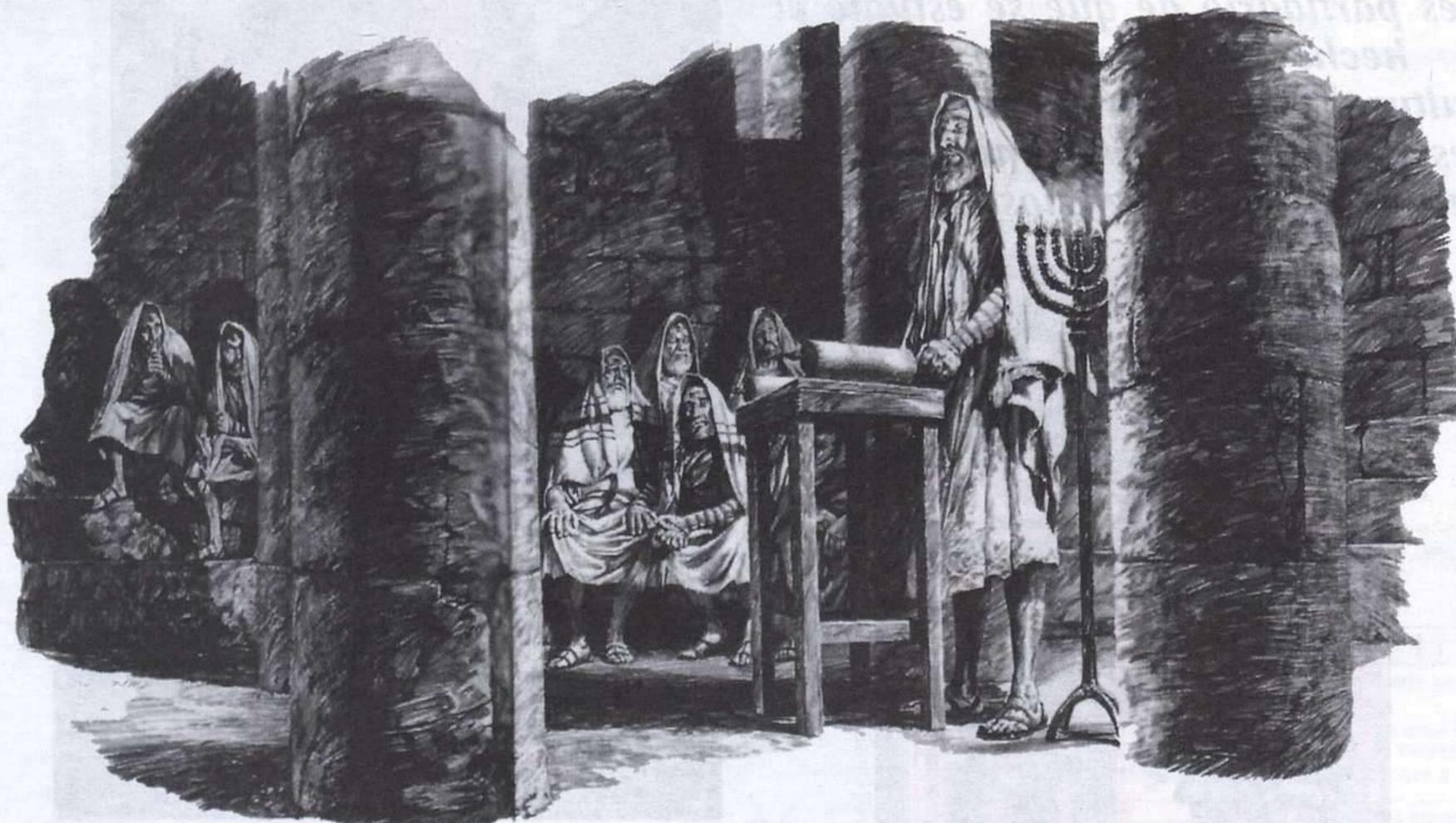
me dirá más de uno; es un tema superado.

Conocimiento y creencia

Somos muchos los profesores de Humanidades que apreciamos un hecho: nuestros alumnos de Bachillerato (y por tanto de la Universidad) son, en una gran mayoría, analfabetos en temática religiosa. Si tratamos de comentar el poema *Castilla*, de Unamuno, nos encontramos con que los alumnos no logran acercarse porque desconocen la referencia que hace a Abraham, al duelo de Caín y Abel, al humo de aceptación, etc. E, igualmente, al pretender acercarlos a los versos de Antonio Machado: «¡No puedo cantar ni quiero/ a ese Jesús del madero/ sino al que anduvo en la mar!». Y no digamos nada de pretender que comprendan *La divina Comedia*, de Dante; *La leyenda de los siglos*, de Victor Hugo; o la simbología de los Autos Sacramentales. La lista sería in-

terminable; es predicar en rastrojo. Cuando el profesor de Arte intenta comentar los detalles temáticos de un cuadro con referencias bíblicas, tiene que detenerse constantemente para ir explicando aquellos elementos histórico-religioso-culturales que son previos y sin los cuales *no se puede* entender esa obra. Vemos cada día que la ignorancia es supina, el analfabetismo es craso. ¿Cómo van a profundizar si no tienen el *conocimiento* de lo que supuso el Paraíso, Moisés, el Sinaí, la cautividad de los judíos, el paso del Mar Rojo, el hecho de la historicidad de Jesús? Porque en esas fuentes bebe nuestra cultura y no la podremos entender si fallan los referentes temáticos previos.

Habrà quien opine que esos temas no se deben dar como cultura, sino como formación religiosa personal. No estoy de acuerdo. Se puede estudiar el hecho religioso simplemente como elemento cultural. Nosotros vivimos en esta sociedad, no en otra. Nuestros referentes no son los de Chi-



CÓMO VIVIERON LOS GRANDES PERSONAJES DE LA BIBLIA, MADRID: READER'S DIGEST, 1978.



CÓMO VIVIERON LOS GRANDES PERSONAJES DE LA BIBLIA. MADRID: READER'S DIGEST, 1978

na o Japón. Un no creyente culto puede disfrutar con la visión de un pantocrátor, leyendo un pasaje bíblico o contemplando una pintura religiosa. El conocimiento y la creencia no tienen por qué ir unidos.

Cultura y formación religiosa

No pretendo hacer un estudio sobre la definición de cultura, pues las respuestas son múltiples. Podríamos distinguir, por un lado, la cultura en un sentido elitista, como cultivo y refinamiento intelectual de unos pocos. Son los *cultivados* los que pueden apreciar las creaciones del espíritu humano. Pero hay otro sentido, y es entenderla como un conjunto más amplio, como «el conjunto de rasgos distintivos, espirituales y materiales, intelectuales y afectivos, que caracterizan a una sociedad o a un grupo social. Engloban no sólo las artes y las letras, sino también los modos de vida, los derechos fundamentales del ser humano, los sistemas de valores,

las tradiciones y las creencias. La cultura da al hombre la capacidad de reflexión sobre sí mismo».¹ Frente a la cultura erudita-individual, la cultura de la vida-colectiva, tal como señala González-Carvajal.² Una se alimenta de la otra, no puede haber un enri-

quecimiento personal si se hace en una urna de cristal. Todo saber se da dentro de un entorno. ¿Dónde estamos? Parece que se quiere hacer tabla rasa, que ya no interesa una cultura que lleva dos mil años y que se enraiza, ya antes, en la

cultura judía y mesopotámica. Pretender ignorarlo es querer cambiar la Historia, y eso es un contrasentido. Es la nuestra, y dentro de esas categorías mentales hemos crecido en Occidente. Por supuesto que no pretendo plantear el tema como opción de fe y creencia. Ese aspecto pertenece a la esfera de lo personal. Lo que manifiesto es la necesidad de una formación bíblico-humanística para la comprensión de unas manifestaciones artísticas (las nuestras). La falta de dicha formación imposibilita la interpretación de estas manifestaciones culturales propias, en sus distintas expresiones religiosas, filosóficas, y artísticas o literarias.

La elección personal como conquista

Sorprende ver que muchos jóvenes de menos de 20 años se declaran con rotundidad ateos, sin haber tenido la más mínima formación religiosa previa. Si así ha sido, fallan los elementos comparativos para haber llegado a tal conquista. Otra cosa es el planteamiento de aquel que, habiendo recibido una formación religiosa, cotejando distintas opciones, al final llega a

una determinada elección. Merece todos los respetos, porque ha llegado a esa conclusión después de un proceso intelectual.

Dada la situación actual, podríamos afirmar que si nada se da, nada se adquiere. Uno no inventa, sino que se enriquece con las aportaciones del pensamiento de otros. Si uno ha recibido una formación bíblica y religiosa, puede, *con esos mismos ladrillos*, rehacer otra concepción, incluso llegar a otras convicciones, terminar en ateo, pero teniendo los elementos para intentar elaborar su propio sistema de pensamiento. Emplea los mismos ladrillos para hacer otra torre, la suya. Pero quien no tiene ladrillos previos, es difícil que pueda hacer su construcción personal. Puede ser que a una persona formada en la religión católica ésta no le satisfaga y termine siendo budista, o ateo, pero son conquistas, ha tenido elementos de base.

Es extraño que quien no ha recibido formación en una determinada concepción religiosa llegue a una opción personal rigurosa, siquiera para negarla. Del conocimiento puede venir la discusión; de la ignorancia, viene la ignorancia; si nada se da, nada se tiene. Por eso, en estas manifestaciones tan rotundas, al no haber unos planteamientos intelectuales con conocimientos previos, se suele dar, más que una increencia personal, una increencia sociológica ambiental, algo que está de moda. El posmodernismo se rige más por el sentimiento, que por seguridades cartesianas. La coherencia, hoy en día, no es lo más importante.

La formación bíblica como cultura humana

Las manifestaciones culturales de Occidente se enraizan en la Biblia y en el mundo grecolatino. En esas fuentes se han formado *nuestras* categorías mentales. Pero no por esto tienen por qué ir juntos fe y cultura. El libro de cabecera de Ortega y Gasset era *Las moradas*, de Santa Teresa; para el ateo Gabriel Celaya, el poeta más sublime de la humanidad era San



CÓMO VIVIERON LOS GRANDES PERSONAJES DE LA BIBLIA, MADRID: READER'S DIGEST, 1978.



Juan de la Cruz; Julio Anguita, cuando le falló el corazón en Barcelona, pidió las obras de San Juan de la Cruz. Ése es mi modo de hacer el planteamiento. Además, la Biblia, no sólo como conocimiento, sino como lectura, es el libro donde están casi todos los géneros literarios, donde podemos leer libros históricos, morales, de leyes, fantásticos (el *Apocalipsis*), las páginas líricas más bellas (los *Salmos*), el erotismo más fino (el *Cantar de los Cantares*, 4-5), crónicas, cosmogonías, apólogos, epístolas, etcétera.

Repasemos las grandes creaciones de nuestra cultura occidental: catedrales, monasterios, pintura, arquitectura, escultura, música, literatura. La mayoría están teñidas de referentes bíblicos, y no se pueden entender si se

desconoce ese elemento motivador. ¿Cómo se puede interpretar, si no, una portada románica o gótica, la Capilla Sixtina, o miles de maravillas?

Así pues, el conocimiento previo de los hechos bíblicos nos ayudará, o nos será imprescindible, para una profundización en el sentido de estas manifestaciones. Lo estamos viendo todos los días. Para muchos alumnos, la interpretación de *La última cena*, de Leonardo, puede ser algo tan ajeno como tratar de comprender los simbolismos de un templo budista. Una persona que se diga culta no puede ignorar el conocimiento de temas como la creación, Adán, Caín y Abel (todo símbolos), el Mesías prometido y la historia del pueblo judío. Si uno ha recibido ese bagaje de conocimientos, puede ver la relación entre la cultura judía y la mesopotámica, entre Abraham y Gilgamés; entre Moisés, Cristo y Edipo; Cristo y Prometeo; las vírgenes en el nacimiento de las distintas religiones; el origen del mundo en la relación bíblica y las respuestas similares que han dado los distintos pueblos a los grandes misterios e in-

terrogantes del ser humano, intentando vislumbrar una respuesta a su origen y destino. Igualmente, se podrá entender el acoplamiento que se hace entre Platón y San Agustín o Aristóteles y Tomás de Aquino, entre creencia y filosofía.

¿Qué conocimientos religioso-bíblicos, en el aspecto humano, tienen un bachiller o un universitario de nuestros días? Una gran mayoría son auténticos analfabetos, y con tamaño bagaje ya me dirán qué interpretación pueden dar al conocimiento de las artes y de la filosofía; qué planteamientos pueden hacer entre fe y ciencia; cómo pueden ahondar en temas tan profundos como el evolucionismo, el concepto del alma, la libertad, y mil y un aspectos.

Uno no renuncia a la cultura universalista y plural, pero también se interroga con realismo: ¿será una batalla perdida?, ¿una reconquista posible? ■

* **Pablo Zapata Lerga** es profesor de Lengua y Literatura y escritor.

Notas

1. Declaración de la Unesco, México, 1982.
2. González-Carvajal, L.: *Ideas y creencias del hombre actual*, Santander: Sal Terrae, 1993, 3.ª edición.
3. Cocognac, M. de: *Los símbolos bíblicos*, Bilbao: Desclée de Brouwer, 1994.